

REVISTA
DE
VALPARAISO.

PERIÓDICO QUINCENAL

LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS.

DIRECTORA: — ROSARIO ORREGO DE URIBE.

TOMO II.

VALPARAISO.
IMPRESA DEL MERCURIO
DE TORNERO Y LETELIER.

—
1874

Dafné, significa *laurel* en griego. Este árbol crece en los lugares húmedos, a orillas de los riachuelos: hé aquí porque los antiguos le han dado por padre al río Péneo que sale de los montes Pindo y riega el valle de Tempe, afortunada comarca donde florecieron los primeros poetas y músicos de la Grecia.

NOTA.—No pudiéndose publicar todo el artículo en un solo número, ha sido preciso cortar a la vez el Texto y las Explicaciones, para continuarlas en el número siguiente.

MATHIEU DE FOSSEY.

(Continuará.)

EPISODIO HISTÓRICO DEL AÑO 673.

Apenas se conservan hoy algunos restos de la grandeza de Numes, ciudad que en el año 673 ostentaba orgullosa sus gruesas murallas, sus elevadísimas torres y sus góticos edificios.

Allí fué donde el rebelde Paulo se fortaleció cuando quiso ceñir la corona de Wamba, y allí fué también derrotado, anegándose en sangre humana las calles de aquella soberbia ciudad, cuando el 1.º de setiembre rompieron sus ferradas puertas los treinta mil soldados que mandaba Wandemiro.

El sol tocaba a su ocaso, y el ejército del rei había invadido la ciudad. El aspecto de sus calles era horroroso: do quiera que se esparcía la mirada no se veían mas que montones de cadáveres, arroyos de sangre y fragmentos de aceradas armas; do quiera que se aplicaba el oído no se percibía mas que el choque de las espadas, las voces del vencedor y los ayes del vencido, las imprecaciones del soldado y el relincho de los embravecidos corceles, cuyos herrados cascos se embotaban en los cráneos de los heridos y en la sangre que esponjaba la tierra.

Teatro de la mas espantosa matanza, del que salían mezclados los suspiros de muerte y los gritos de venganza, las súplicas de las mujeres con las amenazas de los guerreros, y formando un confuso remolino, los llevaba el viento para despertar con sus lúgubres sonidos a los carnívoros grajos que habían de cebar su pico en los mutilados cuerpos.

Empero, dejemos esta escena y pongamos nuestra atencion en otra de distinto jénero que se representaba en el interior de un palacio gótico. Este fué invadido por una turba de soldados: tras ellos entró la muerte y tras la muerte el silencio.

El capitán Wandemiro se encontraba con ellos, y despues que les dejó entregados al pillaje, se puso a recorrer algunas habitaciones enteramente desiertas; pero hé aquí que al entrar en uno de los mas apartados salones, hirió su vista una figura humana que al verle arrojó un grito de espanto.

—El caballero se detuvo, y vió una mujer cuya estremada belleza no la hubieran concebido los sueños de Miguel Anjel y cuya cándida espresion no hubieran acertado a retratarla los májicos pinceles de Rafael.

Sobre su nevada espalda caian en trenzas de oro sus finos cabellos: mil azuladas venas dejaba ver el trasparente cútis. Sus ojos, de un azul como el cielo, decian toda la tristeza de su alma, y su boca entreabierta y ajitada por un lijero temblor manifestaba el pánico de que estaba poseida.

—¿Qué buscas? dijo con un acento que conmovió todas las fibras del corazon del guerrero. ¿Ignoras que esta es la mansion de la muerte y que no hai en ella otro ser que yo, mísera mujer, que si sacrificas nada aumentará tu ya alcanzada gloria? ¡Huye si aun sientes en el pecho el corazon de tu raza! No manches tu victoria con la sangre de una víctima que con su debilidad te deshonoraria.

—Quien quiera que seas, contestó Wanderino, ¡oh hermosa mujer a quien creó el Eterno para probarnos su omnipotencia, no temas que la espada de mis nobles abuelos se tiña con tu sangre! Pero ¿cómo permaneces aquí espuesta a tantos peligros y no has abandonado la ciudad? ¿Qué es de tus deudos? ¿cómo no te han salvado de los furores de la guerra?

—Pobre mujer, sola en el mundo como la flor que crece en el desierto y muere abrasada por el sol, nací para llorar!

—¿Necesitas un apoyo, quieres una defensa? dijo el caballero levantando su cabeza y paseando por la habitacion su noble mirada? aquí tienes mi brazo; mis armas serán tu escudo.

—¿Y crees, replicó la jóven, que podrá haber salvacion para mí?

—¿Tantos son tus enemigos?

—Es uno solo, el destino, y ese no puedes combatirlo.

—¿El destino! ¿y por qué crees que te ha de ser adverso?

—Porque siempre me ha perseguido cumpliéndose todo lo que en mi niñez me pronosticaron.

Y al concluir estas palabras brotaron de los ojos de aquella mujer dos lágrimas que fueron a precipitarse en su pecho.

—¿Qué es el destino? dijo arrebatado el caballero. Un fantasma forjado por la ilusion. No dejen tus ojos escapar esas bellísimas perlas; dime quien es la causa de que se derramen.

—Es demasiado triste mi historia.

—Yo tambien he padecido, comprenderé tus penas y sabré consolarte.

—Tienes un alma mui jenerosa! escucha, pues.

El infortunio vino al mundo conmigo.

No conocí a mis padres; un rico judío que me tenia a su cuidado es el único ser en quien he podido emplear mis caricias de niña: él me llegó a querer con extremo, me prodigó toda clase de cuidados, pero no quiso revelarme de mi nacimiento otra cosa mas sino que era hija de cristianos, dejándome seguir la relijion de mis padres. Se pasaron los años, y la fama de mi hermosura corrió de boca en boca hasta el punto de ser conocida en toda la comarca, donde me daban el nombre de virjen de Nimes.

Un jóven godo, hermoso y valiente, se prendó de mí, y yo sin saberlo le entregué mi corazon. Me creia dichosa amándole, pero, ¡desgraciada! el feroz Paulo, que ahogaba en silencio la pasion que por mí concibiera, ponía en tanto todos los medios para arrebatarse a Gundemaro su prenda de amor, como habia querido arrebatarse a Wamba su corona.

Una tarde que yo paseaba en mi jardin, ya a la hora en que el sol estaba próximo a ocultarse, sentí un roce extraño en un bosquecillo de adelfas y rosales; vuelvo la vista hácia aquel lado, y de pronto veo destacarse cuatro enmascarados con sendos puñales. Dos de ellos me cojieron en sus brazos, y los otros, dirijiéndose a la dueña que me acompañaba, le atravesaron el corazon con sus traidoras armas. Dí un grito, sentí pasar una nube por mi frente, y ya no ví nada hasta que desperté de aquel sueño, encontrándome aquí. Tres dias hace, y en ellos no ha dejado Paulo de atormentarme para que corresponda a su impuro amor, y talvez lo hubiera conseguido por algun inícuo medio, si hoi la defensa de la ciudad primero, y la salvacion de su vida despues, no le hubiesen forzado a alejarse de aquí.

—¡Cobarde! interrumpió Wandemiro levantando sus puños con

amenazador ademan. ¡Y con tanto amor te abandona al furor de sus vencedores, de cuyos soldados habrias sido el mas asqueroso juguete si la suerte no me hubiese traído aquí!

—¿Y crees que me dejará tranquila? No; en medio de la noche abandonaré el asilo donde se halla refugiado, para venir a perseguirme

—Yo te salvaré de ese monstruo. Cuando el sol vaya desapareciendo te llevaré a mi tienda, que aun está puesta en el campamento, y así te librarás de él y de las tropas del rei, que embriagadas con la victoria te atropellarian indudablemente. Allí pasarás la noche, y ocuparás el lugar de la hermana querida que arrebataron casi de los brazos de mi madre a pocos meses de ver la luz del sol.

—¿Qué grande, qué jeneroso! dijo la hermosa niña llenos de lágrimas sus ojos. Y despues de pasado el peligro me ayudarás a buscar al anciano que me ha servido de padre, y tambien a Gundenaro, que ignoro la suerte que le habrá cabido en la encarnizada lucha de hoi.

—Sí, seré tu defensa y tu guia, seré tu hermano.

Aquellas dos almas llenas de nobleza se comprendieron.

II.

El velo de la noche habia cubierto la ciudad y los campos de Nimes. En algunos sitios se veia el fuego de las hogueras que los soldados habian encendido para templar sus cuerpos. De tiempo en tiempo se oia el ¡alerta! de los centinelas y sus pasos, que ora retumbaban en los pavimentos de la ciudad, ora producian un sonido seco en la muralla o se ahogaban en la tierra. Nunca impone mas el silencio de la noche que cuando es interrumpido por la lluvia o por un sonido que se deja oír en tiempos iguales como el canto de algun ave nocturna o la voz del soldado.

Lo mismo que despues de pasada una borrasca en medio del océano y cuando el mar queda tranquilo que parece segundo cielo, la tripulacion del bajel que se ha salvado se recoje para enviar sus preces al Supremo o para descansar, así aquellos que ocupaban los sitios que vieran este dia tan horrible espectáculo, se habian retirado tranquilamente, ya a murmurar sus oraciones o a dar reposo a sus ajitados espíritus y a sus rendidos cuerpos.

En medio de este silencio y envuelto por la oscuridad se vió salir de la poblacion un jinete que llevaba sobre su caballo una mujer

cubierta de blancas vestiduras. Tranquilo seguía su marcha y parecía absorto contemplando a su compañera.

Ya se habían alejado bastante de las murallas cuando, alargando aquella su cabeza, dijo con tono entrecortado al caballero:

—No oyes? ¡Cielos! creo que suena el galope de un caballo.

El jinete detuvo el suyo y escuchó.

—Cierto, dijo; ¿pero qué temes? ¿Será alguno de los correos que continuamente se despachan al rei.

El ruido se oyó mas distinto, y ya estaba mui próximo a nuestra pareja.

En este instante la luz que proyectaba una hoguera dejó ver a un hombre a caballo. Sobre la cabeza del jinete se distinguía perfectamente un magnífico casco dorado, que ostentaba en su parte superior una corona.

—¡Es él! dijo la jóven al verlo. ¡Conozco su casco! ¡Ya me lo decia el corazon!

—¿Quién? preguntó el caballero.

—¡Paulo! contestó la vírjen con doloroso acento.

—¡Miserable! habrá de pagar mui caro su atrevimiento.

En tanto el perseguidor estaba a pocos pasos.

Wandemiro hizo bajar al suelo a la jóven, se colocó delante de ella y sacando su espada gritó con terrible acento:

—¡Ni un paso mas!

Su adversario aparentó no oír nada, y se arrojó sobre él espada en mano.

Terrible fué el primer choque; pero se conocia que los dos eran diestros lidiadores.

Tras aquel golpe se siguieron otros; de pronto el jinete del casco dorado dejó caer el brazo con que sostenia la espada, luego inclinó la cabeza y rodó a tierra.

—Muerto! dijo con acento desfallecido. Muerto sin haberla salvado!

—¡Detente, Wandemiro! gritó la jóven con desesperacion.

El capitán quedó parado.

—¡Es Gundemaro! prosiguió con desgarrado acento arrojándose sobre el herido.

—¡Oh! pronunció éste. ¡No me amas ya o te llevan por fuerza léjos de mí!

—¡Infeliz! huía para salvarme de Paulo, siento un caballo, veo su casco, creo que es él, grito, y el caballero que me amparaba te da la muerte.

Wandemiro habia dejado su cabalgadura y acercándose al herido!

—Veamos, dijo: el mal talvez sea de poca consideracion y quiera el cielo salvarte.

—Nó, contestó Gundemaro con debilitado acento, ya es tarde.

—¡Y yo te he dado la muerte! dijo la niña anegada en llanto.

—Tú nó, ángel mio, ha sido la fatalidad. Cuando supe por una casualidad tu paradero, fuí a buscarte: unos soldados me dijeron que entrada la noche te habian visto salir de la ciudad llevada por un caballero. Yo habia quedado sin casco en la pelea, y al dejar el palacio de Paulo para correr tras de sí, ví en un apartado rincon el suyo; lo cojo, monto a caballo y parto, y ahora... que... pero... dame... tu... ma... no... adios...

Y dejando caer la cabeza en los brazos de su amada, espiró...

Wandemiro, con los brazos cruzados, parecia mudo: su mirada fija en el cadáver, su respiracion ajitada.

—Flor de mis amores, que tronchó el hado con su guadaña! dijo la inocente vírjen mirando al cielo y tendiendo hácia él sus brazos. ¡Qué será para mí este desdichado mundo sin Gundemaro? Arido desierto donde no hai una flor que ostente la pureza de su corola! ¡Yo te maldigo porque mis lágrimas te regaron y no quiero habitar mas entre tus miserias!

Su frente palideció y estravióse su mirada. Entónces, con un rápido movimiento, sacó el puñal de Gundemaro y quitó la chapa que cubria la parte superior de su empuñadura, aplicándose en seguida ésta a los labios.

—¿Qué haces, desdichada?

—Morir, contestó con febril acento la jóven. Quiero que mi alma vaya a unirse a la suya.

El caballero quedó horrorizado y no acertó a pronunciar una palabra.

—Una cosa me queda que cumplir.

Hace dos años que mi segundo padre me dijo al entregarme un pergamino sellado:

«Como la muerte no mira la edad, quiero que conserves esto, y cuando conozcas que tu última hora ha llegado, rompe el sello y lee. Si una muerte repentina te acomete, en el cielo sabrás lo que aquí dice; pero júrame que antes de ese dia no lo leerás, a no ser que yo muriese.»

Yo lo juré, mi hora llegó y cumplo su mandato.

Sus finos dedos rompieron el sello, y sus ojos se fijaron en los

caractéres que tenia estampados el pergamino; pero no bien hubo recorrido algunos renglones, cuando arrojó un jesto penetrante, y se le escapó de las manos la pulida piel.

Wandemiro la cojió, y leyó lo siguiente:

«Hace catorce años que era pobre; la idea de un rescate me condujo a robarte de tu palacio de Toledo, cuando aun no tenias cuatro meses. Eres hija del caballero Wandemiro, uno de los mas íntimos amigos de Wamba, favorito del rei. El cariño me ha hecho egoista; por eso no te he devuelto a tu familia. Quería que ignorases esto toda tu vida para que no me maldijeses. Ahora que vas a morir o que yo he muerto, perdona lo que hizo mi cariño sin igual. Dios reciba tu alma y absuelva la mia.»

—¡Mi hermana! prorumpió el caballero arrojándose sobre ella.

—¡Su hermana!... el destino... da un... beso... a mi madre... Adios, hermano... mio...

Y su alma se escapó envuelta en un suspiro.

El cuerpo de hierro del capitán cayó mas bien que se arrodilló delante del cadáver, y aquellos ojos que por la mañana despidieron centellas, derramaron copiosas lágrimas sobre el cuerpo exámine de la vírjen.

R. O.

EL SOMBRERO ALTO Y EL VESTIDO BAJO.

Por mas que el epígrafe anuncie una fábula, no tendrán, amables lectores, lo que él indica.

El asunto es mas sério. No haremos hablar ni al sombrero ni al vestido. Por el contrario, hablaremos nosotros de ambos.

Todo acto insignificante en la vida, tiene su gravedad mas o menos grande. El diputado que por primera vez alza su voz en la cámara; el principiante en alzar la copa en las fiestas públicas i privadas; el primer exámen del estudiante jóven, y en fin, todos los actos serios, no tienen tanta importancia ni dan tantos escalofrios como el que proporciona el primer tarro de unto y el primer vestido bajo!

¡Qué contrariedades! Lo bajo y lo alto cambiando de sexo, o en